

CUENTO

La muerte de Pedro Canales

MANUEL MEJIA VALLEJO

Estos dos palos siguen formando una cruz. Algunos helechos la reverdecen y ponen ternura elegíaca en su áspera corteza. Al pasar, los caminantes le arrojaron piedras y rezan jaculatorias por el alma de quien murió en este sitio.

—¿A quién matarían? —pregunta una mujer bajo el rebozo.

—A Pedro Canales —responde su compañero, un mestizo, y lanza otra piedra más al rústico calvario. — ¡Hombre bravo el Capitán!

La mujer se santigua. Luego se alejan los dos hablando a medio tono sobre las aventuras de quien en vida fuera el ahora legendario Capitán Canales.

Siempre que paso detengo el caballo ante la cruz sin inscripción alguna. Hace dos años yo mismo corté en el monte dos gajos de roble y la formé con bejucos para sembrarla a la vera del camino. Por aquí galopó noches y días Pedro Canales en su caballo negro. Llevaba una aventura por vivir, un grito alegre por lanzar, una hembra en la remonta. Me parece verlo siempre sonriente, semiabierta su chaqueta de cuero, anchas las botas guerrilleras, anchas las manos, ancha la voz tamboril. Nunca un hombre como él nacerá de nuevo. Nunca más volverá a morir alguien como él. Juntos hicimos la guerra. Juntos íbamos al azar de los caminos tirando la vida a manera de sogas. Y juntos estábamos cuando él murió. Porque yo maté a Pedro Canales.

Quien mata a otro, en el fondo desea purificarse. A veces lo creo así. Yo maté a Pedro Canales para matar en él aquella parcela de mí mismo que amaba sus audacias, su vida de pícaro. En él maté aquello que en mí odiaba. Desde este punto, el acto fue virtuoso. Pero no quiero disculparme. Simplemente contaré su historia.

La conocí ya al final de la última guerra civil. Habíamos fracasado en la lucha, y nuestros hombres se amargaban con rabia dolorosa. Yo había oído hablar del valor del Capitán Canales. En la fuga definitiva llegué a su campamento. Aunque las circunstancias no eran alegres, Canales estaba convertido en un estallido de carcajadas. Sin embargo, y sabiendo sus actos temerarios al lado de nuestra causa, me pareció bien un poco de esparcimiento para tantos derrotados.

Me había retirado del vivac para descansar un rato. Sin embargo, escuchaba, menos frecuentemente, las risotadas que acompañaban los cortos silencios de Canales. De pronto empecé a oír —mitad realidad, mitad sueño— voces dispersas en el grupo, después la pausa estremecida del silencio que produce la muerte al acercarse. Sobresaltado me incorporé para enterarme. De lo sucedido tengo vaga impresión: un círculo de hombres sucios, y en medio Pedro Canales y un gigantón se desnudaban sin quitarse de encima los ojos retadores.

—¿Qué pasa? —pregunté a uno de mis compañeros.

—Habrá duelo a dentellada limpia —respondió.

Canales había ordenado traer dos cuerdas para que a él y a su contendor les amarraran atrás las manos. Ya estaba completamente desnudo, listo para el absurdo combate. Únicamente las botas rompían la armonía potente de aquellos músculos. Junto a este hombre había qué amar lo bárbaro. En la noche tenía algo de fiera. Le relumbraban sus ojos cuando saltó y se puso en posición agresiva.

Una pelea salvaje. Torsos brillantes de sudor, saltos, contorsiones, jadeos de la mordida, bestias primarias, ancestro de las cavernas vaciado en los dos rivales que se despedazaban a mordiscos. Aunque había visto cosas tremendas durante la campaña, jamás imaginé tanta barbarie en nuestros soldados. Pero guardo de aquella escena una impresión de masa, de sensaciones vagas. Luego disparos cercanos. Gritos de huída. Galope de caballo en la noche. Y sobre su negro retinto, Pedro Canales, inclinado en la silla jineta al peso de un dolor lacerante. Ahí nació nuestro conocimiento.

Aquel duelo me dio su primera dimensión: una hermosa bestia en traje de soldado. Sin embargo, nuevos enfoques plantearon el problema: o era irreal el hecho, o era irreal el hombre: en

ocasiones su buen juicio, y hasta su educación, mostraban a un ser fuera de su medio y que por hondos motivos soltó válvulas a las más dislocadas aventuras. Vivir peligrosamente, por el peligro en sí, tal su destino. La cercanía de la muerte lo ponía brioso, su alma era una constante sacudida, un temblor de ramas en la tempestad. Parecía buscar su fin con la audacia que gastaba en encontrar hembras a la vera del camino real o en fondas que brotaban al galope de su cabalgadura.

—¿Y si te sale al paso la muerte? —le pregunté una tarde.

— ¡La desnudaré! —y se quedó silenciando un leve temblor. Desabrochase su camisa, se recostó en la hierba y miró las hojas de los altos árboles con deseo de fuga o de combate. En esas ocasiones había cierto desenfreno terrible en su mirada. Aún en los ratos de sosiego daba la impresión de que templara riendas al encabritamiento de sus ojos. Le advertí este fenómeno cuando se hallaba enojado y cuando enamoraba. En toda oportunidad era la suya una mirada guerrera.

—Me atrae lo riesgoso. Morir es demasiado fácil, ¿comprendes?. En cualquier camino dejamos la vida, o se nos zafa en cualquier abismo. ¡O nos la tragamos!

Me exasperaba esa voracidad, ese desparpajo ante la vida o los hombres. Su extraordinaria vitalidad por sí sola entablaba contrastes de donde salíamos apabullados. Su misma cordialidad sonaba a condescendencia por el más débil. Su perenne sonrisa pegada a los labios, sus generosidades llegaron a dolernos porque nos hacían insignificantes a su lado. No obstante, quería a Pedro Canales y donde estaba él, estaba yo. Durante mucho tiempo fui parte de su personalidad, un brazo o un impulso suyos.

A su lado era necesario amar lo truculento, formar parte de su desbordado vivir. Se veía armónico entre lo salvaje y borrascoso: al lado de un río o de una catarata, en medio de grandes árboles caídos, sobre rocas, entre cuchillos y disparos o en los caminos difíciles. Sin embargo, una vez en que yo contemplaba un panorama sosegado de cactus y árboles y llanura mansa, al aparecer Pedro Canales sobre su piafante caballo, todo se brutalizó, tomó su crispamiento. Algo de vendaval y vida y muerte se explayaba desde él en tumbos y ráfagas. Así llegué a advertir que las casas circundantes se mimetizaban: cuando galopaba en su caballo, los árboles

galopaban; cuando gritaba a campo abierto, le hacían coro el monte y los caminos. Y si el silencio era en él, la naturaleza propiciaba y respetaba ese silencio. Igual ocurría con los amigos: nos anulaba, nos llenaba su presencia.

—¿No ves que a su lado dejamos de ser nosotras mismas? —me explicó cierta mujer mientras lo gemía—. ¿Qué nos pasa?. Pues que huele a macho y sentimos ganas de refregarnos en él, y quedamos pegadas, hechas algo suyo. Es todo un hombre, malo y atrayente como un abismo.

—¿No has visto sus manos? —agregó después con una sonrisa nostálgica;— casi hasta la punta de los dedos son peludas. Una vez, cuando dormíamos juntos, me asustó con esta pregunta: —“¿Qué harías si de pronto se me convirtieran en garras?”. Creí que en realidad las uñas le iban creciendo y que me iba a destrozar. ¡Y yo estaba contenta!

Otra de sus víctimas, sin rencor, antes bien con sonreído recuerdo, aclaraba:

—Al largarme con él, yo sabía que me estaba perdiendo, pero no quise detenerme. Es el hombre que siempre se va, que puede morir de un momento a otro. ¡Bravo y bueno y malo!. Algo que arrastra y se ríe de todo. Algo que una jamás volverá a ver.

Quizás sea una falsa impresión, pero aunque no lo vieran, cerca de él las mujeres sentíanse nerviosas: un olor de bestia en el celo vigoroso emanaba de su piel. Todo lo animal era en Pedro Canales definitivo. Era atractiva hasta su falta de escrúpulos.

—Soy peligroso, mujer —dijo ante mí a una joven olfativa. Tenía él aire cansado.

—Me gustan los hombres peligrosos.

Volvió a sonreír, también cansado.

—No has entendido. Soy peligroso de verdad.

Ella siguió mirándolo. El le tomó un seno.

—Eres blanda. No aguantarías mi carácter

Ella dejó de mirarlo. Al estudiarle la mano se estremeció, mansa. El continuó sonriendo, cansado.

—Hay poco camino por andar—dijo. No sabía qué quería decir. Habló por llenar un silencio en ella.

Antes que del acto amoroso, gozaba en el desgarramiento de las carnes de quince años. Después de haber tumbado contra la hierba alguna campesina primeriza, le acariciaba el sexo con el dorso de la mano, como si fuera un conejito recién herido. En esos instantes, Pedro Canales era capaz de experimentar ternura.

Noté que cuando se adentraba en el bosque para cazar, después de ver la sangre ya no le interesaba la presa. Un día lo vi refregarse las manos y uno de los pómulos con la sangre tibia de una venada en celo que había desgajado de altas rocas. Algo de ritual eterno lo iluminaba entonces, daba fosforescencia demoníaca a sus rasgos.

—La sangre huele a muerte. O a vida, es la misma cosa —dijo, y rostro y pecho desbordaron de agresiva plenitud.

Parecía alimentarse con sus actos desaforados, adquirir vitalidad al sorberlos. Una noche asaltamos la casa de un terrateniente, que murió en la refriega. Entre el botín, Canales buscaba siempre alguna mujer joven. Y la encontró aquella vez. Estaba adherida a la pared, dándonos frente y tratando de sofocar un grito en las cuencas de sus manos crispadas. Nunca pude olvidar su angustiada esperanza en que yo, uno de los asaltantes, la defendiera. Botas y espuelas de Pedro Canales resonaban en la cabeza de la joven más que en el suelo. Ella volvió a mí sus ojos en ademán conmovedor de cachorro abandonado.

—¿No basta con que le hayamos matado a su padre? —dije a Canales cuando él doblaba el pellón para montarla en la silla, parecido al tigre en esto de llevar su presa al monte. Sorprendido de que le reprochara algo tan natural, esbozó un gesto de indiferencia y salió sólo, de la brida su caballo, hasta donde se encontraban los otros. Advertí desaliento en el caminar, un son de amargura lejana en su sombra al esfumarse.

—Perdone —alcancé a decir a la muchacha, satisfecho, no de haberla salvado de las garras de Pedro Canales, sino de que el terror le impidiera comprender la tragedia y odiarnos.

Abandonamos el lugar. Ya en nuestra guarida, Canales se recostó contra la hierba, de cara al cielo constelado. Me arrimé. No hablamos. Al fin pregunté:

—¿No sientes miedo, Pedro Canales?

Yo deseaba oírle algo blando, humano, remordido pero respondió con su voz desnuda:

—No. Todo lo que sucede está bien. ¿Para qué hurgar en nuestros actos?

—¿Y Dios? ¿No te da miedo, Pedro Canales?. No creer en El, a tu manera, es una simple pedantería.

Siguió mirando las estrellas, guardó un silencio hondamente aspirado, y al levantarse para dejarme solo, habló en forma cortante aunque serena:

—Desconfío de quienes tienen interés personal en la existencia de Dios —y se hundió en la noche, como la sombra del Diablo.

Seguía desasosegándome aquella manera de simplificar las cosas. No pude saber si sus aciertos se debían a una inteligencia clara o a un cinismo elemental que le allanaba escollos. Aunque nunca llegué a su alma enmarañada, descubrí nuevos planos de su psicología. No creía en Dios pero había endiosado su destino, adoraba ciertas fuerzas maléficas en cuanto representaban lucha contra hábitos preconcebidos. En el diablo veía las más hermosas frustraciones del hombre, era prototipo de la rebeldía, de la búsqueda de sensaciones vitales. Según él, la carencia de lo diabólico valía por una castración.

A veces veía en él al simple desvergonzado, otras al hombre que ha logrado profundizar en su camino, hundir y empapar sus preceptos en el propio barro. Flotaba en derredor suyo esa atmósfera de irrealidad, de absurdos contrastes llenos de extrañas dualidades imposibles de amoldarse a un ente real. Pero ahí estaba a lomo de su caballo negro, un poco tigre, un poco alarido, un poco fantasma. Era el hombre de los contrasentidos, parecía vivir su propia novela escrita por alguien que ignorara el oficio.

Cada día mostraba azarosas dimensiones en el alma mía y en la del

Capitán Canales. Recuerdo una tarde al bañarnos en la desembocadura de un río en el mar.

—Hay tiburones —le advertí.

— ¡Tiburones! —exclamó con gozosa excitación quitándose la ropa, agarró una piedra y desastilló el fondo de la canoa, la metió en el agua, se introdujo en ella y empezó a remar olas adentro.

— ¡Se te hunde!. ¡El agua entra por el roto que le hiciste, Pedro Canales!.

Marcó un sonriente gesto de despedida y siguió remando mientras el agua empezaba a humedecer sus pies en el fondo de la canoa.

— ¡Regresa, idiota! —le grité. ¡Hay tiburones! —pero continuó remando, sus músculos al sol de la tarde. Era entonces nueva fuerza nacida al mar, apretujón de raíces, grito de vida humedecido por el agua salada. Sin embargo, una sobresaltada alegría se apoderó de mí ante el peligro que rodeaba a Canales. ¿Y si de verdad se lo tragaban los tiburones?. Este pensamiento produjo repentino descanso al transferir a los escualos mi recóndita urgencia de matar, y fui feliz dos minutos, porque ellos me liberarían de una responsabilidad tremenda. Por eso, cuando vi hundirse su canoa mar adentro, algo exclamó en mí: —“ ¡Es hora, tiburones!”. Pero la lucha de Canales por sobrevivir me hizo quererlo nuevamente. Era soberbio el espectáculo de este hombre junto a la sangre, lanzado al abismo por la sola esperanza de hallar una rama y dominarlo para burlarse de él y sentirse viviendo.

Aunque a distancia, apretados los dientes veía su esfuerzo por no ahogarse, la contorsión de los miembros, sus ojos desorbitados en espera del tiburón que cerca de la canoa náufraga dibujó relampagueantes coletazos sobre una ola. A cada sacudida renacían sus brazos, su cabeza, sus pies, su torso húmedo de agua y coraje. Mientras braceaba hacia la playa, miraba en derredor temiendo la reaparición de los tiburones. Pero sorteó el peligro y tocó jadeante la arena, extenuado por el esfuerzo y la tensión. Logró incorporarse a medias, miró al mar en desafío, y exclamó:

— ¡Qué bello es vivir! —para echarse contra la arena, extendidos los brazos. Y con más resuello que palabras:

—La vida es hermosa, pero si está junto a la muerte.

Siempre me desequilibró esa idea suya de nacer cada día —“La vida hay que merecerla” —me dijo—; “debemos ganársela a la muerte, alimentarla con ella para que no se deprima. Ninguna gracia sería llegar a los cien años tomando leche tibia y tabletas medicinales”.

No sólo vivir la vida: ser vida él mismo. Lo contemplativo se le volvió acción, y acción era el eco inmediato de su pensamiento, unida a él como el relámpago al trueno o al pulso la vibración de la cuerda. No tenía propiamente reacciones cerebrales sino musculares y de pura voluntad. En él no podría concebirse la reflexión: “Si fuera a tal parte y me viera en tal circunstancia. . .”, pues en vez de imaginarla, iba al lugar y afrontaba la circunstancia.

Nunca comprendí sus ideales, si los tenía. El minuto pleno, la bocanada de acción, el corto paréntesis de sueño, cuando parecía un volcán en reposo de segundos. Hasta en lo vegetal y en lo mineral detestaba la quietud. Alguna vez en que observamos un derrumbe de rocas y arena en una montaña, dijo:

—Así debería ser la vida.

Atraía las cosas para sí, gustaba dominarlas. Nunca dejaba un río torrencioso sin atravesarlo por el trecho difícil, ni un peñasco sin escalarlo hasta destacarse en lo más alto contra el firmamento. Si se enfrentaba al mar, su primer impulso era hundirse en él, hacerse peligro contra la fuerza de las olas. Cuando galopábamos en la montaña, al ver, por ejemplo, un toro bravo, con el poncho de capote improvisaba lances soberbios. A veces daba la impresión de necesitar probarse las fuerzas; otras, en cambio, de entrenarse a toda hora para la muerte.

Yo veía desconcertada irresponsable su postura de hombre. No le reconocía el derecho a jugarse todo por cualquier exabrupto, y menos en las circunstancias adversas que confrontábamos. En él desteté la exuberancia del trópico, ese ir al desgaire, desatadas las fáciles emociones para echar en olvido la disciplina de la obra seria, de la empresa tenaz. Rabiaba al verlo desperdiciar sus energías con alma de taurino, desplegar cierta gozosa amoralidad y lanzarse sin objeto noble, por el simple hecho de no quedarse en reposo.

—¿Qué misión? —protestó un día—; lo importante es ser hombre.

Se había instalado en la vida como en un trapecio para hacer cabriolas de las cuales era actor y espectador ávido. Mientras más hiciese vibrar cada momento, más vibraba él y con él todo lo circundante. Concebirse fuera del estrépito de los combates, de los heridos y los muertos se le hacía también imposible. El descanso era la tregua entre una acción y otra, vividas con toda intensidad como si la hora fuese la última. Siempre la sangre junto a la muerte, puente indispensable para la vida al aire libre con detonaciones. Le estimulaba el humo negro de las hogueras, el olor de los guerrilleros en descanso, los relatos de heroísmos suyos o ajenos. Movimiento rápido, goce de las carreras a caballo cuando perseguía al enemigo o cuando huía para buscar un nuevo frente con ventaja. Parecía importarle poco vencer porque también lo incitaba la derrota y de ella hablaba como de nueva hazaña del hombre frente a la quietud burguesa.

—¿Te agrada guerrear? —le pregunté al observar la intrepidez con que entraba a cada combate y la emoción que ponía en las incidencias de cada escaramuza.

—No se trata de si agrada o no agrada. Ese es el destino del hombre, y cuanto se salga de ahí va en su merma.

Porque detestaba la pasividad de los hombres organizados por decreto.

—No se mueven porque tienen al cuello una inmensa plomada. Porque viven entre barrotes —comentaba, sacando su pecho para establecer un tácito contraste y rematar:

—Esos parroquianos nunca podrían canalizar la vida. ¿Observas lo enrevesado de mi verbo?.

Pues canalizar la vida equivalía a vivirla según Pedro Canales, totalmente con voracidad de hambriento ante la luz y las sombras.

Todo en mí fue labrando una angustiosa necesidad de destrucción.

—Te materé algún día, Pedro Canales.

Había tanta paz en mis palabras que miró escrutador.

—Sé que lo harías. Sólo por desesperación controlada llegamos los hombres a ser valientes. Y nosotros somos dos amargados, ¿o no?
—y lanzó otra carcajada.

—Yo tengo paciencia en las esperas. Te mataré, Pedro Canales.

—No me importa si un amigo me mata.

—¿Amigo?

—Estamos condenados a ser amigos. ¿Puede un riel enojarse contra su compañero de paralela?

Miró hacia las nubes y los árboles para hablarles a ellos más que a mí:

—Te quiero porque eres la parte buena que se me perdió. La que aún tenía fe.

Hizo un ademán de desgajamiento.

—Tienes conciencia de culpa. Tu culpa soy yo, y quieres purificarte. Seré martir de tu redención.

—Te mataré, Pedro Canales, de hombre a hombre. Tengo paciencia de buen sembrador, sé aguardar los retoños, las lluvias, las espigas. Algún día estarás maduro, y te cortaré. Voy a quedar demasiado solo.

Las tardes se hicieron hondas, y las noches. Nos buscábamos un poco más que antes porque no aguantábamos ya los silencios del monte, la bulla estéril de la soldadesca. A veces él se ponía a cantar. Era extraña su voz, de un fuerte timbre ajeno al canto, pero lleno de él mismo: era igual a sus actos, a su manera de querer y de poseer. Muy de cuando en cuando el tono adquiría un matiz elegíaco que parecía venirle de afuera y acomodarse en él para dar sensación de arrullo amoroso.

Al asomarse a su alma sentía terror. Un estremecimiento físico me sacudía, algo muy dentro parecía romperse. Llegó a ser un defecto de mi personalidad, eco de mi propio grito; pero un eco obsesante que opacaba mi voz y se burlaba de ella. Era alguien demasiado animal, impulsado por fuerzas ineluctables que hacían su destino

trágico. Esto me desazonaba. Yo presentía su fin. Y su fin iba ligado irrevocablemente al mío. Empecé entonces a considerar un deber romper la camaradería. Me agradaba al principio, cuando pensé que su fuerza era clara —y si cruel— elemental, de puma o tigre.

Amaba en él a la bestia pura, a la voluntad primigenia que se manifiesta sin complicaciones, a lo que tenía de raudal y remolino. Mas, luego vi en muchos de sus actos algo enfermo; de varios caminos escogía el del mal, aun conociendo los otros.

Por recóndito nahualismo sus crímenes me manchaban. A cada una de sus andanzas servía yo de castigo, y él parecía purificarse al verme sentir remordimiento. Bien que existiera una responsabilidad colectiva por los delitos individuales, pero creí injusto que únicamente yo sufriera el impacto de sus acciones, me dolía ser su conciencia. Porque en él, conciencia era prolongación de músculos alegres de matar y seducir y cabalgar al azar de los caminos. Entonces comencé a liberarme al pensar que bajo su influjo había caído yo en salteador. Sólo podría redimirme la pena. Me castigaría matando a Pedro Canales: era una variante de mi suicidio. Más tarde también dividí en buenos y malos nuestros actos; y aunque los cometíamos en común, adjudicaba a él lo perverso y a mí lo virtuoso, para volverlo bandido y convertirme en víctima.

Su inteligencia, clara a veces, se desviaba hacia lo cínico y esto me dolía cuando tenía qué ver con la muchacha. Meses después del asalto llegué sigilosamente a casa de ella y la oí cantar con voz de pena melodiosa. Nunca le hablé. Tal vez mi afecto era simple forma del remordimiento. La quise hacer intocable por considerarla algo puro de mí mismo, ajeno a la voracidad de Canales y a mi voracidad. Cierta día en que hablábamos de la impresión que ella me causara, él generalizó guasonamente:

—Hay dos clases de mujeres: las que sucumben al deseo de entregarse, y las que sucumben al gusto de rehuír al hombre en una variación del placer que no llamo virtuosa. ¡Los horrores del bien, amigo mío!.

Creí notarle una fruición corrompida ante mi decaimiento, y sentí ira cuando puso a su mano sobre mi hombro, tratando de consolarme de su apunte pero satisfecho de agregar con fastidioso aire protector:

—Eres muy ingenuo todavía, las idealizas para hacerlas más inaccesibles, —y tronchó su risotada para dar orden de ensillar las bestias: debíamos acompañarlo a otra de sus correrías.

Hasta que decidí huír de Pedro Canales. De legionarios contra un estado corrompido de cosas, habíamos caído en hombres fuera de la ley. Ya no luchábamos por nuestra causa sino por vengarnos en forma criminal de nuestra derrota. Las víctimas eran inocentes, ahí el hacenado muerto y su hija. Así llegó la hora de la desintegración.

—¿Dónde está el Capitán Canales? —pregunté a uno de sus hombres, que agotado miraba las ruinas humeantes de lo que fuera campamento.

—¿Dónde está el Capitán Canales? —pregunté a uno de sus hombres, que agotado miraba las ruinas humeantes de lo que fuera campamento.

—¿Dónde cree, pues? —rehuyó. Algunos atisbaron hacia el camino que conducía a casa de ella. Y por allí volví grupas, brioso de ira por tener qué afrontar una situación absurda. Pero en el fondo mi actitud era subterfugio, ella poco me importaba. Nunca supe su nombre. Sólo una vez la oí cantar con voz de pena rimada. En último caso, si me enamoré fue de mi generosidad, de mi sacrificio, de mí mismo al hacerme bueno: ella era pretexto para dar cabida a mi vanidad que deseaba sufrimiento para ser reconocida como virtud. Sin embargo, en las tardes me gustaba contemplar las hierbas verdes a orilla de los arroyos, y los gajos que mojaban sus ramas en juego con las ondas.

Al acercarme vi pastar su caballo, suelta la rienda bajo los cascos de negro retinto. Fue rabioso el silencio de mis labios, de venganza el temblor de los puños cercanos al acero. Al extremo de mi impulso, de mi brazo, de mi puñal, sólo podría estar la yugular de Canales.

Cuando llegué a su lado, aún desgonzaba una sonrisa de placer en el césped. Sin embargo, mucho de jaguar herido había en su expresión. Siguió contemplando la cuenca de su mano derecha, con el relajamiento de quien acaba de recibir una dádiva generosa. Brotes de sangre la manchaban y un ligero vibrar crispaba levemente sus dedos.

—¿Qué has hecho, Pedro Canales?

Lo ofendido de mi voz impidió una respuesta cínica; a su abrupta manera tenía mínimas delicadezas de amigo; era demasiado animal en sus sentimientos para ser traidor. Vivía su vida como quien sorbe un jugo cuando la sed acosa, y con paradójico temor de verla agotada. Por avaricia inconsciente derrochó lo suyo en pocos años.

Lentamente deshebilló el cinturón y arrojó a distancia su revólver. Las manos en la nuca, de espaldas sobre la hierba, echó lejos su mirada, como si de pronto se le fuera a caer. En ella volaron pájaros, se estremecieron ramas, sonaron galopes, huyeron ríos y muchos caminos sin meta afinaron su tierra parda. Por primera vez fue gráfica la tristeza en la expresión de Pedro Canales. Una tristeza de adiós definitivo, exento de superficialidad.

—¡Es cosa mal hecha el hombre! —dijo en son de disculpa; —tratar de cambiarnos es poner remiendos que nos afean más. Nacemos para desbocarnos y colocar el pecho en la punta de algún cuchillo.

Su tono de vencido logró atenuar la fuerza de la mano sobre la empuñadura.

—Defiéndete, Pedro Canales —dije, no obstante, acercándome tras el brillo de la hoja afilada. Miró con desgano el revólver tirado sobre la hierba, volvió hacia mi brazo sus ojos, pensando en que matar o ser matado con puñal requiere esfuerzo violento. Por primera vez, también, comprendí que él deseaba reposo. Sus gestos de niño que desea dormir casi me conmovieron. Pero la imaginé a ella junto a sus botas, y el puñal volvió a temblar de coraje en mi mano.

—Defiéndete, Pedro Canales

Lentamente se incorporó mientras decía mirando a ninguna parte:

—Sabes que no tengo miedo, aunque comprendo a veces lo inútil de este valor animal.

—¿No te han sobrado mujeres, Pedro Canales?

—Pasé por aquí y la oí cantando. . . Hace años —era pequeño—, vi a un sinzonte silbar en lo alto de un maguey. Ningún pájaro ha

vuelto a cantar así. Deseaba llorar escuchándolo, y sentí vergüenza de ello. Entonces lo maté con mi honda. Toda la tarde y toda la noche estuve llorando. . .

En su mirada ví un maguey y un pájaro menos. En ella quedaban ríos, y galopes, y caminos sin meta. Y un poco de muerte desleída en el paisaje. La misma muerte asomada a los dedos blanqueados a parches por la presión contra la empuñadura. En el fondo de mí hervía un deseo de que él fuera simplemente el bruto que parecía ser, no el hombre superado que se revelaba en ratos de sosiego, en los silencios reflexivos. Su alma contradictoria, estrecha en el cuerpo de bandolero, desmentía mi visión de las cosas, echaba en cara, agresivamente, su paradoja, su irrealdad.

Se me iban agotando las ganas de pelear con Pedro Canales, y fue por eso únicamente por lo que eché el desafío:

—Defiéndete o te mato como a un bicho.

Se le llenaron de mí sus ojos, se irguió lentamente mientras sacaba su cuchillo.

—Así no. . . —dijo, y se cuadró sin rabia, convertida en alguien que por varonía omite disculpas de transacción amistosa. Yo para conservar el coraje menguado, forzaba en mi interior la imagen de ella, gimiete bajo esa llamarada de arrebatos.

—¿Listo? —hablé.

—Listo —sonrió desgonzando las comisuras, pero no como quien va a defender la vida sino como quien se apresta para morir. Entonces me lancé al verlo en actitud de repeler el ataque. Aún me estremezco al recordar el blando chasquido de mi cuchillo al hundirse en su garganta. No comprendí entonces por qué no se defendió. El sabía que ya tiraba a matar. Cayó sobre el poncho, y la sangre que a borbotones enrojecía la tela, se mezcló a la que le diera poco antes la joven.

—¿Por qué te dejaste matar así, Pedro Canales? —grité inclinándome sobre su cuerpo que iba quedándose solo sin su vida aventurera. La muerte se hacía Pedro Canales en un trágico mimetismo.

Volvió a mirar, llevó lentamente a la herida la mano, y con su sangre empezó a refregarse el rostro. Era su última voluptuosidad. Luego se dejó caer de espaldas, y en sus ojos, con él, murieron todos los paisajes.